SERAFIN SANTOLINI S.S.

LA JUVENTUD DE UN APOSTOL

Perfiles Biográficos

del

Rmo. P. JOSE VESPIGNANI

SERAFIN SANTOLINI

La JUVENTUD de un APOSTOL

(Perfiles Biográficos.)

TIP. Y LIB. DEL COLEGIO PIO IX
ADOLFO BERRO 4050 - BUENOS AIRES

LA JUVENTUD DE UN APOSTOL

PERFILES BIOGRAFICOS

Extraño caso de telepatía

fué aquel que vamos a narrar. Erase el 21 de Noviembre de 1900. El P. José Vespignani hallábase en la biblioteca del Colegio Pío IX preparando una Relación sobre la Cooperación Salesiana en la República Argentina, para leer en la Asamblea del Primer Congreso Americano de Cooperadores de la Obra de Don Bosco. Acompañábale el P. Pedro, su hermano, y otros Sacerdotes Salesianos. De pronto, claro y distinto oye un ronquido como de una persona que estuviera en agonía y por espacio de más de media hora pudo escuchar ese gemido afanoso. Ocurriósele en seguida, de que su amada madre estuviera próxima a espirar. Igual cosa oyó el P. Pedro. No obstante los demás sacerdotes, nada notaron del extraño fenómeno. El P. José interrumpió su trabajo, y puestos todos de rodillas, rezaron las preces de los agonizantes, uniéndose de

este modo a los demás miembros de la familia Vespignani que en esos precisos momentos rodeaban a la madre moribunda en el Pensionado de Sassi, junto a Turín. El mismo día un insigne cooperador Salesiano, sabedor del hecho, por su propia iniciativa, envió a Turín un cablegrama solicitando noticias al respecto. Al poco tiempo llegaba la respuesta diciendo, que la Sra. Magdalena Vespignani estaba gravísima, pero que aún vivía y que al serle comunicado el telegrama de sus hijos de Buenos Aires, se sonrió dulcemente enviándoles su última bendición. A las pocas horas llegó la noticia del fallecimiento. ¡Extraño caso de telepatía! El buen Dios quiso, en su Providencia, que el buen P. José estuviera así presente al tránsito de su santa madre y que entre madre e hijo hubiese todavía una correspondencia de cristianos afectos, antes de separarse de este mundo.

La madre del P. José

bien puede figurar en el Album de oro de aquellas madres que se llamaron Mamá Margarita y Juana María Rua, que, comprendiendo su altísima misión, como otrora Blanca de Castilla, supieron formar de sus hijos otros tantos Santos. Magdalena llamábase, y a fe que este nombre le cuadraba, por su acendrado amor de Dios. Enseñó, como se lee en el Libro de To-

bías, a sus hijos desde su más tierna edad a temer al Señor y a aborrecer el pecado. Inspiró en ellos el pensamiento de la presencia de Dios, y mostrándoles a Jesús en la persona de los pobres, acostumbróles a compadecerlos y a socorrerlos.

No era como aquellas madres que se conforman con mandar a sus hijos a la Escuela, sino que, con destreza y a menudo los interrogaba cómo se portaban en la clase, y en la calle manteniéndose a la vez en continua relación con los Maestros y Maestras. Pero sobre todo, gran delicadeza de costumbres les había infundido como bien lo manifiesta el hecho, de que habiendo el pequeño José contraído alguna familiaridad con un condiscípulo, al atreverse éste a tocar una tecla algo escabrosa, «¡Hola!, gritó resueltamente Josecito, mamá no quiere que se hable de esta manera porque es pecado». Al visitar a sus dos hijos, a la sazón en que éstos se hallaban pupilos en el Pensionado de los Benedictinos de Cesena, no se limitaba a un prolijo examen sobre higiene, aseo de la persona y de los vestidos, sino, y especialmente, quería que los chicos y los Superiores la informasen sobre los estudios, de cómo progresaban en la enseñanza del Catecismo y en la piedad, si tenían Confesor fijo, si a menudo se acercaban a los Sacramentos y con cuáles compañeros se juntaban. Raras veces habló a sus hijos de vocación, pero al Señor pedíale ince-

santemente que regalase con esta gracia a algunos de ellos, dispuesta a dárselos todos, si tal era su Voluntad. En estas cosas sin embargo se excluía toda humana consideración. Cierto día en efecto unas personas, parientes y allegadas a la familia, manifestaron la intención de legar su patrimonio a aquel de sus hijos que abrazase la carrera eclesiástica, aludiendo sin duda a Josecito que demostraba más inclinación a tal estado. La buena Magdalena cortó por lo sano la conversación, diciendo resueltamente: «Si el Señor llama a mis hijos al estado sacerdotal, de buena gana se los ofrezco, siempre que demuestren tener verdadera vocación, pero no quiero, que en asunto de tanta importancia se hable de intereses humanos y de herencias». - El P. José, ya anciano, hablaba a menudo y con fruición de su santa madre y de los ejemplos de virtud que le había legado. Con toda razón podía repetir el buen Padre la bíblica frase: Filii **sanctorum sumus**: ¡Somos hijos de Santos!

El padre,

digno compañero de Doña Magdalena, fué uno de aquellos hombres que se merecen el elogio del Eclesiastés: «Alabemos a los varones ilustres, a los que debemos el ser. Hombres ricos en virtudes, solícitos del decoro, pacíficos en sus ca-

sas. Los hijos que de ellos nacieron dejaron un nombre que hace recordar sus alabanzas».

Eugenio Vespignani, acomodado y apreciado negociante de Lugo, era hombre chapado a la antigua y cristiano a macha martillo. Prototipo del genuino romañolo caracterizábase por la innata franqueza, la bondad de un corazón de puertas abiertas, la desprendida generosidad y carácter ardiente y decidido.

De sus padres más que una discreta fortuna, había heredado esa fe profunda y sincera que constituía el blasón más preciado de la familia Vespignani.

En el negocio a que se dedicaba, la honradez a carta cabal jugaba el principal papel y el cuidado de los intereses materiales no le impedía de cumplir estrictamente con sus deberes religiosos, por lo cual era estimado y amado por todos.

El P. José narra en sus memorias que, siendo él muy pequeño veía sobre la mesa de estudio de su padre un libro constantemente abierto. Se le prohibía tocarlo y hojearlo, porque ese era **el libro de papá**. Ese libro era la Filotea de S. Francisco de Sales. Infaltable era Don Eugenio, en los días de Domingos y fiestas de guardar, amén de la Misa, a la asistencia del Oficio de la Virgen, al canto de Vísperas y a las funciones de la Semana Santa. Complacíase el buen hombre junto con los demás Cofrades, en lucir su voz

y sus habilidades latinísticas. Sabrosos son los episodios que el mismo P. José narra en su libro: «**Un año en la escuela de Don Bosco**», acerca de los conocimientos de latines de su buen padre. Por lo que se refiere al desprendimiento y munificio que supo hacer, entregando sus hijos al servicio de Dios, bien podemos afirmar que rivalizó con el Patriarca Abrahán. En acabando de celebrar el P. José en el país natal su primera Misa, se decidió ir a Turín y quedarse con Don Bosco, sin que de ello, sus padres estuviesen enterados. Don Eugenio se presentó contrariado en el Oratorio, pasando antes por la Iglesia de María Auxiliadora en la misma hora, en que los alumnos allí reunidos, hacían resonar las sagradas bóvedas con sus devotos rezos y dulces cantos. Luego el encuentro con Don Bosco lo desarmó del todo; por lo cual, visitando al hijo amado, que yacía enfermo en la cama, no pudo sino pronunciar estas palabras: «Mi querido hijo, Vos estáis en un hermoso paraíso. ¡Oh si pudiera quedarme aquí yo también!».

Un año más tarde mientras el P. José estaba haciendo los preparativos para su próxima salida para América, habiendo ido Don Eugenio a Mornese para visitar a dos hijas, educandas del Colegio de María Auxiliadora, supo allí que el P. José partiría con los misioneros. Llegóse a Turín de inmediato, pero era tal la ve-

neración que el virtuoso hombre profesaba a Don Bosco que no se atrevió a hacer la menor dificultad. Al encontrarse con el hijo, después de un afectuoso abrazo, le dijo: «¿Deseáis pues, saborear las aguas del Océano? Bien, esperamos, que antes de partir haréis una visita a mamá que con ansias os espera». El P. José le hizo notar que aquella visita podía impresionar mucho a mamá. «Bien, repuso aquel padre cristiano, haremos también este sacrificio. Os dispenso de visitar a mamá, con tal que cada día os recordéis de nosotros en la Sta. Misa». Aquella fué la última entrevista, fué la última despedida. Don Eugenio ya no debía ver más a su hijo en esta tierra!

El nacimiento del Padre José

coincide con el año de la proclamación del Dogma de la Inmaculada Concepción. No casual sino feliz coincidencia que debía ser como presagio del tierno y filial amor a la Sma. Virgen del que en su larga vida sería propagador celosísimo de su devoción. Vió la luz el 2 de Junio de 1854 en la pequeña ciudad de Lugo en la Romaña, diócesis de Imola, formando parte entonces de los Estados Pontificios. Fué el segundogénito de los cónyuges Vespignani, cuya unión Dios bendijo, regalándoles once hijos, de los cuales siete se consagraron al Señor. Cuatro fue-

ron sacerdotes salesianos, dos hijas, religiosas de María Auxiliadora y una Carmelita. Creemos poder afirmar que el pequeño José pertenecía a la clase de aquellos niños afortunados que **sortiti sunt animam bonam**: les cupo en suerte un alma buena.

«Tenía, dijo el Doctor Cafferata, de la tierra donde nació el alma buena y el corazón sensible; las montañas y el bello sol de Italia, habíanle infundido su amor a las alturas y a la luz, y nuestro Plata, y la severa majestad de nuestras pampas, habíanle dado un espíritu de alta ponderación que le hacía afrontar con imperturbable calma las diversas situaciones de la vida, con ese equilibrio que es patrimonio de las almas puras y de los espíritus selectos» apropiándonos el pensamiento del insigne orador se nos antoja decir que la dulce sensibilidad traíala de la madre y del padre el carácter perseverante y adamantino.

Los primeros años de la niñez

apenas si podemos mencionarlos, debido a las escasas noticias que de ellos tenemos. Sin embargo por las pocas memorias acá y acullá recogidas, nos es lícito espigar y reconstruir algo de esa edad feliz, de esos años que en realidad son los más encantadores de una existencia. Es la fuente del arroyo cristalino que se precipita bullicio-

so hacia el valle florido, y bien afortunado debe considerarse el niño que en esa época de casi inconsciencia supo guardar puro el precioso manantial. El mismo Musset debía sentir esto muy hondamente, cuando, en sus versos, con triste añoranza, repetía: «¡Ay! de la primera culpa: en el fondo del alma deja tal mancha, que toda el agua del océano no es suficiente para borrarla!»

Dado el ambiente de sólida piedad, de rigidez, orden y disciplina que reinaba en la familia Vespignani, el pequeño José no presenció desde sus más tiernos años sino buenos ejemplos de virtud, de religiosidad y laboriosidad. Debemos suponer con todo, que él también haya tenido sus faltillas, sus deslices, sus inocentes travesuras tan propias de aquella edad, al punto, que si se prescinde de ellas, nos colocamos en el terreno del ideal y no de la realidad. Lo que sí, podemos sin miedo afirmar, que el verso de Dante **sotto biondi capei, canutamente**, le cuadraba a las mil maravillas. Sus hermanos mayores y menores, además de entrañable cariño, tuviéronle cierto respeto reverencial y sin que ello excitase las pequeñas envidias, comprendían que, como el José bíblico, descollaba entre todos por su formalidad y por su inclinación a las cosas de Dios. De los labios de mamá que, a nadie quiso ceder este imprescindible deber, aprendió las verdades y rudimentos de la

fe, que echaron en su almita tal arraigo y solidez como el tiempo claramente lo demostró. Más tarde oiremos exclamar al buen P. José: «¡Cuán dulces y atrayentes eran en los labios de mamá las verdades de la Fe!»

Los cuadros de la Historia Sagrada, de suyo tan encantadores, los sabía aquella virtuosa mujer iluminar y rodear de tanta gracia e interés que dejaron en Josecito tal impresión y tal huella que, al relatarlos en los largos años de su apostolado, a menudo reconstruía aquellas escenas de su niñez. Es preciso confesar, que su amor al catecismo, a la Historia Sagrada, al Santo Evangelio le venía de cepa; hay que remontarse, para buscar el origen, a los años remotos de su primera educación en el hogar doméstico.

Josecito fué un niño obediente, lo cual por cierto, no es pequeña alabanza; la palabra de su madre para él era una palabra sagrada, era la voz de Dios.

Ya lo mencionamos arriba, como al reprender a un compañero deslenguado, le recuerda que la mamá no quiere que se hable de ello, por ser ofensa de Dios.

Su docilidad y obediencia a la madre, como se ve, eran debidas a motivo bien sobrenatural. Santamente orgullosa de las disposiciones del chico, debía estar la buena Magdalena toda vez, que, con tanta fruición, se recuerda en la vejez del amado Giuseppino.

Su hermana, Sor Anunciata, hija de María Auxiliadora, escribiendo en 1926 al venerando P. José le decía: «Hoy vigésimo sexto aniversario de la muerte de nuestra querida y santa madre, os escribo a Vos, su preciosa reliquia viviente, escribo a su **Giuseppino**, pues parecía en efecto que en la boca tuviera un panal de miel cuando pronunciaba vuestro nombre». ¡Dichosos los padres que tuvieron hijos tan dóciles, y afortunados los hijos a quienes la Providencia deparó unos padres tan cristianos!

El Colegio que los cónyugues Vespignani

escogieron para la educación de sus dos primeros hijos, Carlos y José, fué el de los Benedictinos de Cesena. Frisaba en los once años el pequeño José cuando, con su hermano mayor fué puesto en dicho pensionado.

Es Cesena una floreciente ciudad de la Romaña, que descansa a lo largo de la célebre Vía Emilia, en la misma desembocadura del río Savio. Remóntase su historia a la época Romana, y después de varios siglos de diferentes dominaciones, formó parte de los Estados Pontificios, desde el comienzo del siglo XV. Campiñas de exuberante fertilidad y encantadora belleza la rodean, que le brin-

dan en abundancia los frutos de la tierra. Cuenta entre sus conciudadanos una larga serie de hombres ilustres que se caracterizan en las letras, en las ciencias, en las artes y valor militar; de aquí que se la llame: **Madre de Señores**. Es patria de Clemente XVI, de Pío VI, muerto desterrado en Viena de Francia y ostenta particularmente la gloria de haber sido la cuna del inmortal Pío VII, el Papa Mártir. Es muy célebre el Santuario y Abadía de la Virgen del Monte que se levanta a Oriente de la ciudad, situado en amenísima colina que, apartándose de las últimas dimanaciones de los Apeninos, forma como el centro óptico de la diócesis y domina con vista panorámica il **dolce pian cui sovrasta in fino al mar Cesena**. Pío VII, al volver de su cautiverio a la ciudad natal, quiso coronar con sus propias manos a la Virgen del Santuario del Monte.

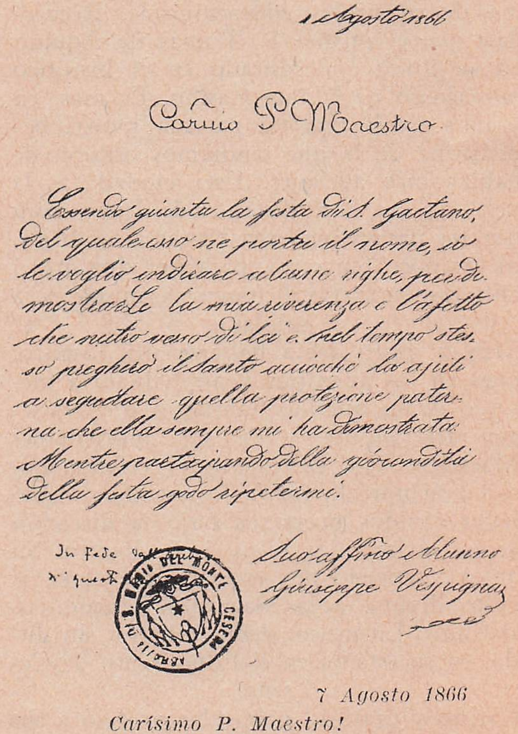
¿Por qué fué puesto el pequeño José en el pensionado? No cabe duda que la primera y más importante educación el niño la recibe en el seno de la familia, pero al llegar a cierta edad, el ojo de los padres, distraídos necesariamente en los negocios materiales y cuidados domésticos, no pueden verlo y vigilarlo todo, y por lo demás la formación intelectual y religiosa de los hijos exige un cuidado constante y especial que en el hogar es muy difícil

poder dispensar. Con mucho acierto se optó por el Colegio de los PP. Benedictinos de Cesena que siempre gozaron fama de eminentes educacionistas. Recuérdese que el mismo S. Tomás de Aquino en su niñez fué educado en el histórico monasterio de Monte Casino. Es más, en Cesena había una tía paterna monja benedictina de la que tendremos ocasión de hablar más adelante. Esta ciudad a la vez, no era tan distante de Lugo para que los padres pudiesen visitar a los hijos, ni tampoco tan cerca, para que durante el año escolar no solicitasen permisos para salidas.

Muy a gusto debía hallarse allí Josecito, pues en los años por venir hablará a menudo de su querido Santuario de la Virgen del Monte y de sus inolvidables Maestros, los Benedictinos. Aficionado, como siempre lo fué, a los estudios, debió hacer rápidos progresos bajo la dirección de los esclarecidos hijos de S. Benito. Su amor y aprecio por todo lo que atañe al culto divino, a las Sagradas Ceremonias, al Canto Litúrgico, debió beberlo, sin duda, en su estadía en el Educandato de Cesena.

Cariño y gratitud particular profesó a sus buenos preceptores y dan fe de ello dos preciosas cartitas, cuyos originales se conservaban en el Archivo de los Padres y que gentilmente fueron proporcionadas para redactar la biografía del P. José.

Las reproducimos en su genuina sencillez, traduciéndolas del original italiano:



7 Agosto 1866

Carissimo P. Maestro

Essendo giunta la festa di S. Gaetano, del quale esso ne porta il nome, io le voglio indirizzare alcune righe, per dimostrarLe la mia riverenza e l'afetto che nutro verso di lei e nel tempo stesso pregherò il Santo acciocchè la ajuti a seguitare quella protezione paterna che ella sempre mi ha dimostrata. Mentre partecipando della giocondità della festa godo ripetermi.

Suo affezionatissimo Alunno
Giuseppe Vespignani

In fede ... di questo

ABBAZIA DI S. MARIA DEL MONTE CESENA

7 Agosto 1866

Carísimo P. Maestro!

Habiendo llegado la fiesta de S. Cayetano, del cual Ud. lleva el nombre, yo le quiero dirigir unos renglones para demostrarle la veneración y afecto que le profeso. Al mismo tiempo pediré al Santo que lo ayude a continuar dispensándome esa paternal solicitud que siem-

pre me ha demostrado. Entre tanto, participando de las alegrías de la fiesta gozo repetirme.

Afmo. alumno

JOSE VESPIGNANI

La otra sin fecha, fué escrita en análoga circunstancia; dice así:

Le auguro in questa circostanza della ricorenza della festa di San Gaetano di cui Ella ne va pregiata ogni bramata contentezza, e ne prego Dio con tutto il cuore a volerla conservare per molti e lunghissimi anni: onde mi seguiti a giovare come ha fatto fin'ora. Io non ho voto maggiore di questo, e gli rappresento a lei connesso bõno ed ubidiente figliuolo. Pertanto pregherò il gran patriarca Gaetano che non mi renda indegno della sua protezione con la negligenza dello studio, e con la poca attenzione ai suoi comandi

ed ancora acciochè mi possa correggere dai diffetti che a Lei sommamente dispiaciono; gradisca le tenere espressioni del mio animo benchè rozze, mentre dimandandole la Santa benedizione, mi sottoscrivo:

Suo aff.mo alunno
Giuseppe Vespignani.

In fede dall'archivio di questo Monastero

Muy querido P. Maestro!

Le auguro en esta ocasión de la fiesta de S. Cayetano, de quien Ud. lleva el glorioso nombre, toda ansiada alegría, y con toda el alma ruego a Dios, para que lo conserve por muchos, por muchísimos años, a fin de que pueda ayudarme como lo ha hecho hasta ahora. Yo no tengo mejores votos y augurios que estos y se los presento como hijo bueno y obediente. Por lo tanto rogaré al Gran Patriarca S. Cayetano que no me haga indigno de la solicitud y pro-

tección que Ud. me dispensa, con la negligencia en los estudios y con la poca atención a sus órdenes, y también para que pueda corregirme de los defectos que a Ud. mucho le desagradan. Acepte, aunque en forma desaliñada, las tiernas expresiones de mi alma, y a la vez que le pido santa Bendición me repito.

Afmo. Alumno

JOSE VESPIGNANI

¡Qué transparencia de alma candorosa y buena se nota en la nativa sencillez de estas dos cartas! Si es cierto, como se dice, que el estilo es el hombre, en estos dos pequeños documentos se pinta desde sus más tiernos años, el buen Padre José de cuerpo entero.

La Primera Comunión

es el encuentro del alma del niño con el más tierno de los amigos, y entre Jesús Eucarístico y el alma queda sellada una amistad tan íntima, que para muchos seres privilegiados, llega a ser eterna.

Este día dichoso, para nuestro pequeño José fué el 1º. de Junio de 1865. Tenía pues, once años. Educado con tanto esmero por la cristiana madre, trasplantado cual cándido lirio en el vergel de la

Casa Religiosa, no es aventurado el creer que llevase a la Mesa Eucarística, todavía sin mancha la inocencia del S. Bautismo. De su preparación cuidadosa, de las disposiciones de alma y felicidad de ese memorable día, bien podemos formarnos una idea por la memoria constante que conservó. En sus circulares, en sus pláticas a los niños, en sus conversaciones trae a menudo el recuerdo de su Primera Comunión; celebra y señala su aniversario y la fecha del cincuentenario.

Fué cabalmente en esta coyuntura que la tía, monja benedictina de Cesena, envióle como regalo la Vida de Domingo Savio que Don Bosco acababa de publicar. ¿Cómo obtuvo la virtuosa monja de estrecha clausura esa pequeña biografía, y cómo se le ocurrió enviar al sobrinito en el día más feliz de su vida ese precioso librito? No podemos escudriñar los secretos caminos de aquella amorosa Providencia que juega en el orbe y que todo suavemente lo dispone y que, en frase d Silvio Péllico, dirige todas las cosas a fines dignos de Sí.

El hecho es que Josecito leyó, mejor dicho, devoró con suma alegría de su alma las páginas de ese librito, regándolas con lágrimas de sentida conmoción y en un arrebato de santo entusiasmo escribió al pié de la imagen del piadoso niño reproducido en la portada: «¡Oh Domingo Savio, haz que te pueda seguir e imitar!»

¡A Domingo Savio, a la lectura de su biografía, como más tarde ya joven sacerdote, lo manifestó en su primera entrevista con Don Bosco, debía la gracia de su vocación salesiana!

No hay rosa sin espinas

y en el rosal de la vida del P. José las espinas no debían faltar desde su más temprana edad. En el regalado nido del pensionado Benedictino, a la sombra del Santuario de María, los días del pequeño estudiante transcurrían así contentos y felices. La primera Camunión hecha con tan buenas disposiciones había dejado honda huella en esa alma, en la cual diseñábase cada vez más marcadamente, su inclinación al estado eclesiástico. La plegaria a Domingo Savio, no había caído en terreno estéril; efectivamente notábase en el pequeño José, el continuo esfuerzo para imitar al virtuoso niño que se había propuesto como modelo.

Hay flores tan perfumadas, y a la vez tan delicadamente sensibles que colocadas en terreno propicio, arraigan, se desarrollan y abren su cáliz en dirección al Santuario. Solamente el vendabal puede agostarlas. Y a fe que el vendabal se desencadenó furioso sobre el jardín del Monasterio.

En 1859 habían sido arrebatadas a Pío IX las Romañas y las Legaciones y se ha-

bían anexado al nuevo Reino de Italia. En 1866 las Cámaras sancionan la supresión de todas las órdenes religiosas. No se escaparon de las garras de la persecución los ínclitos hijos de S. Benito, que por trece siglos habían llenado el mundo e Italia particularmente, con la fama de su santidad y de su saber, a los que la humanidad y la civilización les debían el haber conservado el tesoro de las letras y de las ciencias y de haber convertido los lugares más desiertos y estériles en oasis de exuberante vegetación y focos de cultura y de progreso. Tampoco el Monasterio de la Virgen del Monte corrió mejor suerte que sus similares y fué arrollado por la tempestad sectaria. En las crónicas que todavía se conservan en el Archivo Benedictino de Cesena entresacamos estos apuntes, que son por demás sugestivos y elocuentes:

«Día 3 de Agosto. Esta mañana a nombre del Gobierno se ha presentado al Padre Abad un Ingeniero con el objeto de levantar los planos de la Iglesia y del Monasterio. El Padre Abad formuló por escrito una protesta que ha hecho firmar por el mismo Ingeniero por violación de la Inmunidad Eclesiástica y la propiedad de la Casa Chiaramonti a quien pertenece la Iglesia y el Monasterio.

«Día 4. Hoy han llegado cartas de la mayoría de los padres de los alumnos, los que formulan los más fervientes votos y piden a Dios por la conservación de este

Monasterio para el bien de la Religión y de sus hijos que aquí se educan.

«Día 18. A raíz de la circular del 31 de Julio, el Señor Eugenio Vespignani de Lugo, hoy se presentó para reconducir a la familia a sus dos hijos, nuestros alumnos, Carlos y José, óptimos jovencitos, los que dejan gratísimo recuerdo por su intachable conducta.

«Sept. 10. Hoy el Señor Camilo Buiani ha venido a buscar a su sobrino y nuestro alumno Agustín, a nombre del padre Juan Bautista impedido de hacerlo. De este modo nuestro alumnato acaba de ser disuelto. ¡Hágase en todo la Voluntad de Dios!».

Nuestro buen Josecito sintió inmenso dolor, tal vez el más hondo que hasta la fecha hubiese experimentado. Lloraba a mares, y con tan amargos sollozos, al salir de aquella bendita mansión de paz que al trasponer los sagrados umbrales, su padre, que había venido a buscarlo, tal vez disimulando y comprimiendo la íntima emoción, se le encaró diciendo al niño con acento de autoridad: «¿De esta manera se llora, cuando se piensa que dentro de poco se vuelve a los brazos de mamá?» Por el momento se secaron las lágrimas; Josecito calló y se sosegó. Pero durante el viaje de retorno a Lugo, quedóse triste y silencioso. Su pensamiento, su corazón volaban al amado Colegio, al Santuario bendito del Santo Monte, a sus buenos maestros y

condiscípulos, evocando silenciosamente las inolvidables escenas de los felices años trancurridos dentro de aquellos tutelares muros.

La vocación es flor celestial

que brota de la divina semilla que el dulce Maestro vino a sembrar en la tierra. «El nacimiento de un hombre es una aurora de la cual se ignora el día que seguirá; es un emblema de luz que se levanta entre las tinieblas del incógnito; el hecho que inicia el valor de la vida es la vocación, porque el hombre obra sólo cuando comienza a tener un concepto claro de su misión. Lo que da valor a la vida del hombre es la fidelidad a su vocación.» Todos los hombres tienen bien definida su vocación que es así como una estrella esplendorosa que deben seguir para llegar a la meta. Algunas almas privilegiadas han recibido de Dios una vocación más sublime. A esta categoría pertenece nuestro P. José.

La alegría experimentada al ver de nuevo a su querida mamá, endulzó en parte la amargura y quebranto del corazón; con todo, aquello no fué suficiente para ahuyentar y suprimir la profunda nostalgia de los aires de la vida retirada en la Casa de Dios. Es que aquel ambiente cristiano de la familia, las plegarias de la virtuosa Magdalena, el contacto con los buenos

religiosos benedictinos, las íntimas satisfacciones que proporciona la piedad, iban elaborando en el terreno virgen de su alma el germen precioso de la vocación. El que en determinado momento el P. Vespignani, como dice Don Ceria, a guisa del antiguo Samuel haya oido la voz del cielo que lo llamaba, no podríamos con seguridad afirmarlo. Pero, así como se habla de almas naturaliter christianae, naturalmente cristianas, también en cierto modo es lícito decir que haya almas cristianas naturalmente sacerdotales. Un movimiento interior desde el primer uso de la razón, suavemente las empuja a las personas y las cosas sagradas, de tal modo que si no dan en alguna piedra de tropiezo van derechas hacia el Santuario. Tal fué el P. Vespignani. Arrancado del apacible asilo del Monasterio Benedictino y lanzado al mundo, sintióse en el seno de de su propia familia aunque tan empapada de Religión, como un pez afuera del agua, como aguja desviada del Norte, hasta que no le fué concedido refugiarse en el dulce albergue del Seminario de Faenza. La madre, a la vuelta de los hijos del Colegio, reanudó la tarea de su formación, espiando las inclinaciones y tendencias de cada uno. Con su ojo avizor y fino criterio no le fué difícil descubrir en su Josecito, la inestimable margarita de la vocación sacerdotal, como por lo visto no se le había escapado a otros miembros

de la familia. Sin embargo, rem tacita considerabat; pedía a Dios en su interior, pero dejaba que la gracia siguiese su curso, pues en asunto de tanta importancia, no quería en lo más mínimo presionar la conciencia de sus hijos. Como mujer profundamente cristiana anhelaba el honor de tener un hijo sacerdote y en sus ensueños de cariñosa madre tal vez saborearía la dicha de ver a su Giuseppino revestido con los ornamentos sacerdotales, contemplarle radiante de alegría subiendo las gradas del Altar, comulgar de sus manos y recibir sobre la cabeza inclinada la bendición sacerdotal y filial a la vez. En su conducta al respecto, con todo, no había nada de sentimentalismo, de miramientos humanos, sino única y puramente la Voluntad de Dios. Cuan rectas fueran sus apreciaciones en achaques de vocación, bien lo demostró a las claras en ocasión en que el maestro de Josecito, que en este tiempo le daba lecciones particulares, sin duda, al constatar las buenas cualidades y disposiciones de su discípulo, se permitió aconsejar a Doña Magdalena que lo enviase a Roma, para que luego estudiase diplomacia y de este modo tener el camino abierto a las dignidades prelaticias. «Dios da la vocación, repuso resueltamente aquella santa mujer, y al Señor tócale inspirar el modo y el camino de seguirla».

Y que realmente la vocación de nuestro

Josecito haya venido de lo alto, no podemos ponerlo en duda. ¡Cuántas veces hemos oído al querido P. José hablar de la vocación, que era su tema favorito, y entonces, sin el menor asomo de vanagloria, pero sí con patriarcal sencillez, hablaba de la suya, agradeciendo a la Divina Bondad la gracia singular recibida, sin que jamás se le escapase una palabra que indicase haber tenido algún desmayo, duda o titubeo en ella.

De ingenio despierto, de familia acomodada, podía también forjarse la halagadora ilusión de un hermoso y risueño porvenir, ya siguiendo la carrera de los estudios profanos, ya dedicándose al comercio, caminando sobre las huellas paternas, pero su alma alentaba ideales mucho más altos, suspiraba por otros aires, por otros climas, y solamente sintióse feliz cuando pudo entrar en el seminario.

Faenza, aunque no muy grande es graciosa e importante ciudad. Situada en la fértil llanura Emiliana, es rica de viñedos, de trigales y de árboles frutales de todas clases. Políticamente depende de Ravena. La fé cristiana fué allí predicada por el apóstol de la Emilia, San Apolinar, que al decir de Mons. Taroni, enseñó el Pater Noster a los Faentinos. Es sede episcopal y cuenta entre sus hijos varios Santos y hombres ilustres, entre los cuales el célebre Torricelli.

El Seminario es muy antiguo, y fué y lo es todavía centro de verdadera ilustración y formación sacerdotal. De allí salió una pléyade de sacerdotes que, animados de apostólico celo, recorrieron las comarcas de las Romañas predicando misiones y recogiendo inmensas cosechas de almas. La vida del seminarista, escribe el P. José en sus memorias, en ese centro de estudios que tiene por Patrono a S. Carlos Borromeo era a la verdad una formación completa en la piedad, en el estudio y en las disciplinas eclesiásticas; el ambiente era propicio para fortificar los hábitos de toda virtud, aunque en esos tiempos se admitían también jóvenes que no tenían otro objeto que el de cursar los estudios clásicos para las diferentes carreras universitarias. Los hombres de letras y de ciencias que se habían formado en sus aulas, entre los cuales cabe mencionar al poeta Vincenzo Monti, y la posibilidad de pasar del Seminario a las Universidades de Boloña o de Roma, hacíanle tan apreciado, que las familias pudientes y acomodadas, a porfía, colocaban allí sus hijos, prescindiendo de toda vocación al estado sacerdotal.

El jovencito Vespignani ingresó en el Seminario de Faenza en Junio de 1867, reanudando así el interrumpido curso de humanidades. Rayaba apenas en los 14 años. Guiábale únicamente el deseo de

prepararse, con el estudio y el ejercicio de las virtudes, a consagrarse totalmente al Señor.

Por de pronto, con la vestición clerical, se le ofrecía una hermosa ocasión para acrecentar sus juveniles y santos entusiasmos. ¿Quién ignora el atractivo que tiene para el jovencito aspirante al sacerdocio, el vestir la sotana del seminarista? Está todavía en boga en el día de hoy vestir a los estudiantes de Seminarios con sotanitas adornadas de ribetes y botones colorados, con fajas rojas, moradas o azules, de modo que se parecen a obispos o a cardenales en ciernes. A la verdad que muchos de ellos, especialmente los más pequeños, todavía no ven más que el espejismo de la sotanita con sus colorinches llamativos.

Con más razón en aquella época, en que la sotanita, más que hábito clerical, podía considerarse más bien como distintivo o uniforme de Colegio. Tal no sucedió al jovencito Vespignani. La vestición, según luego lo inculcaba en sus circulares, pláticas y conversaciones, debía significar el despojarse del hombre viejo y el revestirse del hombre nuevo. Equivalía quitarse los hábitos del siglo para endosar la librea de Cristo. Y tan al pie de la letra había tomado lo del despojo del hombre viejo, que según refiere un conocido novelista, el joven Vespignani creyó que de-

bía quemar los hábitos seglares y acaso intentó hacerlo. Día de gloria debió ser aquel. Sus buenos padres asistieron a la función, y en particular la virtuosa mamá Magdalena experimentó gozo sin par, al contemplar a su Abatein, pequeño abad, como vulgarmente, en dialecto romañolo se le llama al seminarista.

No sabemos cuales fueron sus propósitos en día tan memorable, pero bien podemos afirmar que se compendiaron en esto: de ser todo de Dios, ratificándose y reafirmándose en la resolución de imitar a Domingo Savio, como lo hiciera en el día de su Primera Comunión. Los días, pues, o mejor dicho, los meses y los años del seminario se deslizaban para nuestro jovencito tranquilos, felices y con la rapidez del relámpago. Los estudios clásicos le apasionaban y dedicábase a ellos con tal afán y éxito que llegó a componer con cierta soltura y elegancia versos en las lenguas de Virgilio y de Dante. En aquellos tiempos dábase extremada y excepcional importancia al estudio del latín clásico. Los catedráticos eran hombres de valer, profundizados y especializados en la materia. ¡Lástima grande que los modelos eran todos sacados de la antigüedad pagana, repletos de cuentos mitológicos y de aberraciones del paganismo!

Cabe la gloria a Don Bosco, de haber iniciado y llevado a cabo la expurgación de

los autores clásicos paganos y de haber puesto en honor y en plena luz los autores cristianos.

Dada la mezcla y contacto de jóvenes de vocación con los que no tenían ni asomo de ella, el ambiente del Seminario no reflejaba a la sazón, en general, esa piedad que debe caracterfizar el lugar en que se prepara a los futuros ministros del Altar.

Es más, los que no tenían verdadera vocación, procuraban prudentemente no hablar de ella, por temor de exponerse a las indirectas, críticas y burlas de los compañeros. La piedad, en tesis general, era la de todos los pupilajes de Colegios regenteados por religiosos, con la agravante de los tiempos aquellos, en que poco se acostumbraba la frecuencia de los SS. Sacramentos y en especial la comunión. Basta decir que, el Seminarista que deseaba comulgar, debía avisar y pedir permiso el día anterior, como también narra el propio Don Bosco en sus memorias del Seminario de Chieri.

La madre del Seminarista Vespignani, que conocía el ambiente, al visitarle dábase maña para alentarle y avivar con sus consejos el fervor de la piedad. Pero al tercer año de su permanencia en el Seminario, Dios Nuestro Señor le deparó el guía espiritual que necesitaba, quien lo plasmó, lo formó y lo preparó para el Altar y para la Congregación.

Mons. Pablo Taroni

fué el hombre providencial que, a la par que S. Francisco de Sales a la Madre de Chantal, deparó Dios al joven Vespignani para alentador, guía y consejero en los arduos caminos de la perfección. Fué por cierto uno de los mejores regalos que el Señor haya podido hacer al Seminario de Faenza, en donde desempeñó por más de treinta años el delicadísimo cargo de Director Espiritual. Un sucinto bosquejo hemos de dar de la virtudes y figura moral de este santo sacerdote que tan estrecha relación tuvo con el P. Vespignani, y que, a la vez, fué tan amigo y tan apreciado por el mismo Don Bosco quien le llamaba por su antonomasía el Santo de Faenza. Y en realidad, Mons. Taroni fué un Santo en el sentido estricto de la palabra, y tan heroicas fueron sus virtudes, que ya se ha iniciado o se piensa iniciar lo antes posible su Causa de Beatificación y Canonización. Espigamos al efecto, algunos rasgos de la atrayente biografía que escribiera la bien cortada pluma del Canónigo Lanzoni.

Por trece años el P. Taroni desempeñó el humilde cargo de teniente cura en la Parroquia rural de S. Pin Laguna, lugarejo distante unos pocos kilómetros de Faenza. Su celo incansable e iluminado se caracterizó en difundir entre esos sencillos labradores la devoción a la Sma.

Virgen y la frecuencia a los SS. Sacramentos, de manera que el modesto villorrio, por la ascendrada piedad de sus moradores, se había convertido en un trasunto del Cielo.

En S. Pin Laguna se reproducen, aunque en menor escala, los espectáculos de fe de la Villa de Ars. Este hombre de Dios supo suscitar una pléyade de vocaciones de ambos sexos que con la santidad de vida alegraron a la Iglesia de Dios.

Plácenos referir las palabras textuales que pronunció al tomar el cargo de Director Espiritual ante los Seminaristas, algo prevenidos contra el humilde teniente cura de S. Pin Laguna, pues, no les sabía a gloria que el Obispo les diera por Director un simple Capellán de aldea.

«Vuestros superiores, que son también los míos, me han llamado para ser vuestro Director espiritual, y he venido **cum timore et tremore** con temor y temblor, pensando que debía rendir estrecha cuenta a vuestros padres, a la Iglesia y a Dios. No obstante, al pensar que, obedeciendo a la invitación de los Superiores, hago la Voluntad de Dios, y que vengo a este Seminario en donde pasé los mejores años de mi vida y tan luego en medio de jovencitos que son los predilectos de Jesús, he aceptado gustoso y resignado el delicado cargo. A pesar de mi insuficiencia haré lo humanamente posible por vosotros. Entre tanto tened la plena seguridad de

que os amo, como os puede amar un padre cariñoso, con el mismo amor con que os ama Jesús. La madre de S. Francisco de Sales, antes que naciera el afortunado niño se apresuró en consagrarlo a la Virgen y formó un Santo. Ahora que el buen Dios me entrega a vosotros por hijos, yo también os ofrezco y consagro totalmente a la Santísima Virgen. ¿Podré formar yo de vosotros otros tantos santos?».

Estas palabras hicieron honda impresión en todos los seminaristas; poco a poco disipáronse los recelos y presunciones y llegaron a tenerle tanta confianza y tanto afecto que no es aventurado decir que ningún otro maestro de espíritu fué tan amado y venerado por sus discípulos.

El corazón del buen Director se manifestaba especialmente en el ministerio de la Confesión. El método de S. Felipe de Neri y de Don Bosco parecía transfundido en él. En su humilde aposento continuaba el apostolado del Confesonario.

Recibía siempre a los seminaristas con rostro risueño y la sonrisa en los labios. Escuchaba con paciencia la exposición de sus cuitas y dudas, de sus agitaciones y penas, interrogando a la vez con mucha discreción sobre la piedad, el estudio y la vocación. Incansable era en recomendar las buenas lecturas, sobre todo la de la vida de los Santos, muertos en la edad juvenil y solía decir: «Si os entregáis de

lleno a la lectura de los clásicos profanos, los libros espirituales poco a poco perderán para vosotros su atractivo y se os tornarán insípidos». Sus sermones eran siempre breves y generalmente versaban sobre argumentos tiernos y suaves, porque, decía, que su genio le llevaba más a hablar del amor que del temor.

Su ascética se compendiaba en estas palabras del Beato Don Bosco: «**Piedad, estudio y alegría**». Con la piedad se adquiere la santidad, con el estudio la doctrina y con la alegría se conserva y fomenta la salud corporal.

Las fiestas de la Iglesia sin flores y sin cantos eran, según él, fiestas deslucidas. Así es que instituyó una compañía de Seminaristas cantores que él bautizó con el nombre de: **Angeles del Seminario.** Con el objeto de adornar de flores la Capilla, plantó y cultivó con sus propias manos un pequeño jardín y en vísperas de alguna fiesta, se le veía todo ocupado en juntar flores y formar ramilletes para el Altar. Pero, para él, las mejores flores de las fiestas eran las Comuniones generales. Fué propagandista celosísimo de las Lecturas Católicas de las que llegó a tener 500 suscritores, y cooperador Salesiano de tal cepa que inscribió en sus registros a más de 200, a los que mensualmente distribuía el Boletín Salesiano. Para Don Bosco, aun antes de conocerle personalmente, tenía una veneración tan profun-

da que considerábale como un Santo y solía repetir: «Don Bosco es el mejor sacerdote que yo conozco, es el hombre de la Providencia; su Instituto llena y satisface a las necesidades de nuestros tiempos». — Por este brevísimo bosquejo puédese comprender qué talla de hombre santo era Don Pablo Taroni, en cuya escuela tanto debía aprender el Seminarista Vespignani.

El primer encuentro que tuvo con el Director así fué: Una mañanita, el joven acólito estaba arreglando los ornamentos sagrados en la pequeña sacristía, cuando se le acerca Don Taroni y le dice afablemente: «Hablemos, pues, un poquito. Tú estudias filosofía y por lo tanto aprendes a pensar y a razonar bien. ¿Has pensado y deliberado acerca de tu vocación?» El jovencito Vespignani atravesaba cabalmente en esa circunstancia una de esas crisis de las que, a menudo, no se libran ni las almas más buenas, sobre todo al entrar en la adolescencia. En efecto, el estado eclesiástico que, desde un principio le atraía sobre manera, se le presentaba ahora lleno de dificultades, pletórico de deberes y responsabilidades. Continuas dudas, escrúpulos, ansiedades y temores le preocupaban la mente. El joven seminarista no hizo misterios, y candorosamente le manifestó lo que pasaba por su alma.

El Director le invitó a que fuese a visitarle y conversar en su cuarto.

Nuestro seminarista fué, expuso sus dificultades, las ideas se aclararon, las nubes se disiparon y las luces de la confianza y del optimismo volvieron a brillar en todo su resplandor. Desde ese día, como Domingo Savio a Don Bosco, entregó de lleno al P. Taroni la llave de su alma.

Desde entonces fué su Confesor, su Director de conciencia, su confidente y amigo. Con él a menudo conversaba sobre cosas de espíritu, y el sabio Maestro lo encaminó hacia la perfección, animándolo paulatinamente a la práctica de la lectura espiritual, de la mortificación, del recogimiento y de la santa alegría. Por cuatro años pudo el joven Vespignani disfrutar de la iluminada y paternal Dirección de Don Taroni, cuya ascética se trasfundió tan profundamente en el amado discípulo. Vuelto a Lugo, por falta de salud, se mantuvo siempre unido con íntimas relaciones epistolares y muchas veces se llegaba a Faenza para conversar verbalmente con su santo Director.

Nuevas y punzantes espinas

estaban reservadas a nuestro seminarista. Mientras todo procedía a pedir de boca; contento de su vocación, entusiasmado en los estudios, guiado suavemente en los arduos caminos del espíritu por el alma buena de Don Taroni, hete aquí que empezó a faltarle la salud corporal. Des-

de un principio se creyó que aquello no fuese más que un cansancio pasajero, pero las cosas tomaron un sesgo de mucha gravedad. Tos persistente, emotisis y extremada debilidad, acompañada con fiebres continuas. Los médicos dictaminaron que era menester suspender los estudios, abandonar el Seminario y volver al pueblo natal en la esperanza de que el absoluto reposo y el aire de Lugo robusteciese su minado organismo y pudiese superar la terrible crisis.

Así es que en el mes de Mayo de 1874, a los 20 años cabales, mientras se celebraba en el Seminario el clásico mes de María y se intensificaban los estudios en preparación a los exámenes finales, el joven Vespignani tuvo que preparar las maletas para volver a casa. «¡Adiós, exclamó apenado, adiós querido Seminario, adiós dulce recinto de paz y de ventura, adiós estudios, adiós compañeros, adiós amado Director de mi alma! ¿Os volveré a ver más otra vez? ¡Oh altar santo, podré todavía esperar de subir tus sagradas gradas?». Los que hemos sido jóvenes estudiantes, los que pasamos por la edad de los santos entusiasmos por la vocación y los estudios, contemplando con indecible alegría el aproximarse de la Tierra Prometida, bien podemos formarnos una idea de lo que puede sentir el corazón de un joven de 20 años, al verse herido por una enfermedad que difícilmente perdona y que

con preferencia se ceba de las juveniles existencias!

La ascética aprendida en la escuela de Don Taroni fué sin duda la que sostuvo al joven Vespignani a fin de que no se dejase abatir por las tristezas y desmayos.

Afortunadamente las brisas del país natal, los solícitos cuidados y las oraciones de la buena Magdalena influyeron de un modo favorable y casi inesperado en la salud de nuestro seminarista. La reacción fué poco a poco acentuándose; recobró bastante fuerza, pero la fibra había quedado violentamente sacudida y debilitada, de suerte que, su delicado y precario estado de salud, no le permitió más volver al querido Seminario.

Resignóse, pues, en quedarse en el seno de la familia y continuar allí, en la forma que le era dable, sus interrumpidos estudios de Teología. A tal efecto frecuentó la Escuela de los PP. Dominicos de Lugo y, haciendo de necesidad virtud y sacando fuerza de la debilidad, se dedicó con tesonera constancia a la Teología, a la Sagrada Escritura, siendo a la vez lector apasionado de la Suma de S. Tomás. En casa formóse un riguroso plan de vida, aprobado por su Director de espíritu, alternando el estudio con las prácticas de piedad y las horas de necesario esparcimiento.

A medida que adelantaba en los estudios teológicos, crecía en su corazón el entu-

siasmo por Don Bosco y por su obra, debido especialmente a la acción del Padre Taroni. Fruto y consecuencia de este amor y veneración por Don Bosco, fué inducir a sus padres a que enviasen a tres de sus hermanos menores a estudiar en el Colegio Salesiano de Alassio. Aunque débil y enfermizo quiso tener la satisfacción de acompañarlos. Dos días de Paraíso pasó en Alassio, que le revelaron un mundo desconocido y, al describir las emociones experimentadas, se sentía enajenado de indecible alegría. Vuelto nuevamente a Lugo, llenó la familia y la ciudad con la descripción de las cosas maravillosas, según él, que había visto en el Colegio de Don Bosco. La Divina Providencia es la que por caminos, muchas veces a nosotros desconocidos, guía a los hombres a la consecución de sus altísimos destinos. Ya había recibido la tonsura y las Ordenes menores. Acercábase, entre tanto, el tiempo de dar el paso definitivo con la recepción del Sub-diaconado. No quedaba más vestigio de incertidumbre en su alma. El P. Taroni, con mano experta, habíale lanzado, a velas desplegadas, al través del mar de la confianza y abandono en Dios. No le cabía la menor duda de que el Señor lo llamaba al honor del sacerdocio. Poco más tarde recibió también el Diaconado. Viósele entonces con la modestia de un ángel y la devoción de un Santo oficiar de Diácono en la Misa So-

lemne y con la estola cruzada ante el pecho exponer compenetrado de profunda reverencia, a Jesús Sacramentado en la Bendición.

Un paso más, una grada más y ya había llegado a la cumbre de la Montaña. Inocentes eran sus manos y puro su corazón. Podía pues, responder con confianza a la apremiante interrogación del Salmista. Su alma naturalmente sacerdotal divisiba como Moisés, muy cerca la tierra prometida, el Tabor del Altar.

Lo que faltaba era la salud corporal. En el Santo Cura de Ars fallaba la ciencia, pero suplía abundantemente la santidad, y su Obispo, con mucho acierto, no reparó en ordenarlo. En el Diácono Vespignani fallaba la salud, pero en cambio abundaba la ciencia, y sobre todo la piedad sacerdotal.

El sacerdocio le fué conferido

en la ciudad de Imola durante las Témporas de Septiembre de 1876. «La noche del 22, escribe el P. Vespignani en sus memorias, yo llegué a Imola, y tuve que dormir en aquel Seminario. Condujéronme antes a la modesta cena, pero, en viéndome tan pálido y demacrado todos me compadecían y pronosticaban que ya estuviera al término de mis días; alguno más discreto, mientras yo tomaba ese poco de alimento, añadía para consolarme;

puede ser que se sane». En realidad pasé una noche pésima, con excesivo dolor de cabeza y grande nerviosidad. Sin embargo el espíritu se hallaba sereno y sosegado. Nuestro buen Obispo, al verme por la mañana, mostróse preocupado por mi salud, llegando a decirme en su bondad: «¿Por qué habéis venido acá? Debíais esperar; yo mismo hubiera ido a Lugo para ordenaros». Durante la larga función de la Ordenación no quería que me arrodillase, y varias veces me hacía señas de sentarme, pues tenía miedo que yo desfalleciera. En ese mismo día volví a Lugo». Finalmente, ya era ordenado sacerdote; al día siguiente subiría al Altar Santo. De sus disposiciones y aspiraciones al llegar al Santuario podemos hacernos una idea bien clara por los párrafos siguientes que extractamos de sus circulares: «Este día, escribía en fecha de 24 de Septiembre de 1909, es para mí solemne y memorable; pasaron 33 años desde que indignamente, pero lleno de anhelos y aspiraciones subí al Altar Santo, aunque enfermo y extenuado de fuerzas, pidiendo a María Sma. la gracia de poder siquiera rezar tres Misas. El Obispo ordenante y los que me acompañaban me tenían lástima y creían que apenas habría podido conseguir este favor. Pero la Divina Providencia ya me concedió 33 años de Sacerdocio, **Deo gratias et Mariae!** Yo entré en el Sacerdocio, y lo digo con orgullo y agradecimiento a

la Divina Bondad, con las aspiraciones de Mons. Taroni y de Don Bosco que son también las aspiraciones de Jesús Redentor de nuestras almas».

Amaneció, pues, el gran día, 24 de Septiembre, consagrado a la Virgen de la Merced. Los parientes y amigos, siguiendo una costumbre tradicional, tenían preparado un desfile o Procesión para conducir al novel Sacerdote hasta la Iglesia, pero el P. Vespignani, al darse cuenta de esto, anticipadamente se encaminó a la Iglesia, de S. Francisco en donde debía cantar su primera Misa. Sus dos hermanos, Santiago y Ernesto, la ayudaron luciendo el uniforme del Colegio de Alassio. El Altar fué para el nuevo levita, Tabor y Calvario a la vez, pues, la debilidad había llegado a tal extremo, que se temía debiera por momentos suspender el Santo Sacrificio. Sin mayores inconvenientes pudo llegar al fin, y bajó del Monte Santo como Moisés transformado y radiante de celestial alegría. Y a la verdad, el buen Dios que consuela a sus humildes y fieles servidores, en medio de las angustias y penalidades de su precaria salud deparóle la dulce satisfacción de tener por Panegirista de su 1ª. Misa al Director del Colegio Salesiano de Alassio, con el cual desde el año anterior había trabado íntima relación en su corta estadía en aquella ciudad ribereña.

El Prof. Don Francisco Cerruti estuvo en su Sermón a la altura del concepto en que se le tenía; más que la elocuencia y la literatura primaba en sus palabras la unción y tal sabor salesiano que dejó hondamente impresionados a todos los presentes. «Explicó, escribe el P. Vespignani, la sublimidad, santidad y dignidad del Ministerio sacerdotal, porque participa de la omnipotencia del Padre, al obrar el más grande de los milagros en la consagración y comunión eucarística; reproduce la sabiduría del Verbo Divino, hecho Hombre en la Predicación de la palabra de Dios o Santo Evangelio, y recibe del Espíritu Santo el ministerio de perdonar los pecados devolviendo al alma la gracia de Dios y Santidad por medio de los Sacramentos. Tuvo párrafos elocuentísimos cuando demostró la desgracia de los pueblos que por obra del Protestantismo y de la Revolución, quitaron la Sta. Misa e impidieron el ministerio sacerdotal. Acabó con una acertada apóstrofe al nuevo sacerdote, augurándole poder cumplir su santo y apostólico ministerio con las características esenciales al Sacerdote, para la mayor gloria de Dios y el bien de las almas».

Pasamos aquí por alto las santas emociones experimentadas al distribuir, con sus propias manos, el pan eucarístico a sus cristianos padres y después de la Misa al

recibir el abrazo de los dignísimos sacerdotes, Párrocos y canónigos de la ciudad natal.

Hubo luego fiesta, gran fiesta en familia, y los mejores amigos de los Vespignani, fueron convidados a la mesa. Don Cerruti permaneció unos días en Lugo, siempre rodeado del P. José y de muchas almas ansiosas de escuchar noticias relacionadas con Don Bosco y su obra.

Por fin, Don Cerruti convidó al nuevo Sacerdote a acompañar nuevamente al Colegio de Alassio a sus tres hermanos, y quedarse allí una semana para reposar y reponerse. Con el consentimiento de papá, la propuesta fué aceptada con trasportes de alegría.

Muy lejos estaba el buen Eugenio de pensar que en el seno de la familia, dentro de las domésticas paredes ya no volvería a ver más a su amado **pretino**, y su virtuosa mamá, Doña Magdalena, jamás habría sospechado de que solamente después de largo tiempo, ya en los umbrales de la eternidad, le reservaba el Señor la dicha de ver por última vez a su querido **Giuseppino**, que al cabo de 21 años de ausencia regresaba momentáneamente de América en ocasión de celebrarse en Turín el Capítulo General Salesiano. ¡Inescrutables son los designios de la Divina Providencia!

El viaje a Alassio

no tenía por entonces, otro fin próximo que el de acceder a la deferente invitación de Don Cerruti; permanecer allí algunos días de descanso, gozar a sus anchas del aire puro de la encantadora Riviera y al propio tiempo recrearse en el espíritu contemplando y saboreando la vida Salesiana. Las conversaciones de Don Cerruti habían encendido en el corazón del joven sacerdote romañolo una como chispa que iba tomando cada vez más cuerpo. El aprecio para la obra de Don Bosco íbase convirtiendo en intenso y vehemente deseo de formar también parte de la gran familia salesiana y ponerse en las manos del Beato Fundador. Día antes de partir para Alassio fué a reconciliarse con su Párroco, el Canónigo Cavina, y al mismo tiempo quiso consultarle sobre su vocación. Acabada la Confesión, le dijo con toda sencillez y sinceridad: «Y si yendo yo a Alassio y a Turín para ver a Don Bosco, se me ocurriese la idea de quedarme con él y hacerme Salesiano, ¿qué pensaría V. R. al respecto?». El buen sacerdote contestó vivamente: «no, no debéis quedaros allá, grande necesidad tenemos nosotros también de sacerdotes». Sin embargo de todo esto, mientras el tren estaba por salir de la estación de Lugo, asomando la cabeza por la ventanilla para echar todavía una mirada a su ciudad natal, que el tren ya

en movimiento iba quitando de su vista, exclamó: «Adiós Lugo, tal vez no volveré a verte más»; al propio tiempo se le asomaron dos gruesas lágrimas en los ojos tratando de reprimir la interior conmoción para que no se dieran cuenta los hermanitos.

En Alassio la comitiva de Lugo fué recibida con las muestras del más sincero afecto. El P. Vespignani se sentía como en su casa y al contemplar esa santa Comunidad de Salesianos que formaban un corazón solo y un alma sola, repetía con el Salmista: «¡Qué buena cosa es ver a estos hermanos tan estrechamente unidos entre sí!». Sentíase feliz. Anhelaba el instante de volar a Turín. Cabe aquí preguntar: «Pues, ¿cómo se decidió el joven sacerdote, **insalutato hospite**, sin prevenir siquiera a sus padres ir definitivamente a Turín para ponerse en las manos de Don Bosco?». Contesta el mismo P. José: «Los caminos, escribe él, por los cuales fuí allí conducido tienen mucho de providencial; yo por mí mismo jamás hubiera tenido fuerza para tomar dicha resolución, tan grande era mi poquedad de ánimo, tamañas las dolencias y enfermedades físicas, tan insuperables las dificultades de la familia y tan apremiante y angustiosa la incertidumbre del éxito; solamente una mano invisible me podía sostener».

La verdad es que en el Programa o itinerario del viaje a Alassio figuraba tam-

bién en el retorno, como número principal llegarse de pasada hasta Turín. Pero ello era únicamente para hacer una visita de devoción al Santuario de María Auxiliadora, conocer de visu a Don Bosco, conversar con él y pedirle consejo sobre su vocación. Tal cosa, poco más o menos, sucedió más tarde al sacerdote Don Camilo Ortúzar, que, yendo de Chile para pedir consejo al siervo de Dios, acabó por dejarse prender en las dulces redes de Don Bosco, santamente seducido por la Promesa de: **Pan, Trabajo y Paraíso** que le hiciera el Santo Fundador. En honor de la verdad, debemos decir que el P. Vespignani, sin manifestarlo abiertamente, tenía desde hacía tiempo gran deseo de retirarse del todo del mundo para entrar en una Congregación Religiosa y sus ansiosas miradas se dirigían constantemente hacia la Pía Sociedad Salesiana que, a sus ojos, parecíale la mística arca en donde la paloma de su alma hubiera podido ponerse al abrigo de las tormentas y reposar tranquila. Tal vez la vocación religiosa del P. Vespignani, hace notar Don Ceria, se remonta a los años remotos de sus primeros estudios en el Convento Benedictino de Cesena. El hecho es que una mañana, en la Capilla del Colegio de Alassio, mientras meditaba sobre aquella página del Evangelio que describe a Marta bien solícita y afanosa en el desempeño de los domésticos quehaceres y a María

absorta y contemplativa a los pies del Señor, su mente se detuvo en este pensamiento: «He aquí que Don Bosco y sus hijos saben hermanar primorosamente la actividad de Marta y la contemplación de María, y por este motivo mucha cosecha de bien recogen en el mundo!». Desde ese momento desaparecieron como por encanto de sus ojos la casa paterna y el pueblo natal, y no vió más que a Don Bosco, a su Oratorio y a turbas de niños para salvar. No es ésta cosa nueva en la Vida de los Santos. La lectura del pasaje evangélico: **Vete, vende lo que tienes, dalo a los pobres y sígueme** hace, de un delicado mancebo, el Padre de los monjes de las Tebaidas y la lectura casual de la Vida de los Santos trueca en esforzado guerrero de Cristo al bizarro soldado de Pamplona. El P. José, como todas las almas generosas, no se quedó en la meditación especulativa de la verdad evangélica que tanta impresión había hecho en su alma, sino que, allí mismo, tomó la resolución de ir, mejor dicho, de volar sin demora al Oratorio.

¡Qué bien puso en práctica el consejo que S. Jerónimo da a los llamados a una vida más perfecta: «Ruégote que te des prisa, y cortes más bien que desatar la cuerda que retiene la nave en la playa!». El P. Vespignani tuvo que cortar, que pasar por encima a los afectos más naturales y delicados, separarse bruscamente de

la familia, sin despedirse siquiera de sus padres y amigos, sin amedrentarse ante la consideraciónn del rudo golpe que su resolución debía producir sobre el corazón de mamá, tan delicadamente sensible. Es que el Evangelio en cuya página se había inspirado hacía resonar en los oídos de su alma esa sentencia: «El que ama a su padre y a su madre más que a mí no es digno de mí». Un acto de verdadera generosidad para con Dios es siempre el primer Capítulo de la historia de las almas grandes, y los actos heroicos de un instante son generalmente el producto de un noviciado de pequeños sacrificios.

Bien podemos comprender que ajeno a la fulmínea resolución de ir a Turín para ponerse a las órdenes de Don Bosco no debió ser por cierto el mismo Don Cerruti. Antes bien todo nos induce a creer que la resolución había sido madurada, preparada y aconsejada por su iluminado criterio. Este esclarecido salesiano había tenido la intuición de que ese novel sacerdote de las Romañas, en apariencia tan delicado y enfermizo, era paño muy apto, materia muy dispuesta para que en las manos del gran artífice Don Bosco, llegara a ser un Apóstol y digno imitador del Padre.

Con tales designios el P. Vespignani, despidiéndose de Alassio y de sus hermanitos siguió viaje en dirección a Turín.

Un año a la Escuela de D. Bosco

así intitúlase un simpático librito escrito por el P. Vespignani, en el que, con admirable sencillez, narra sus relaciones con Don Bosco, los felices días transcurridos a la sombra del Santuario de María Auxiliadora hasta la memorable fecha del 6 de Noviembre de 1877 en que partió de Turín para las Misiones de América. Cosa difícil es compendiar en pocas palabras lo que contiene de más saliente el interesante Opúsculo, pues, al ceñirnos a entresacar algo nos asemejamos a aquel, que hallánndose en medio de un jardín esmaltado de vistosas flores, se siente perplejo, pues todas le atraen, al escoger algunas de ellas para entretejer una corona.

Llegó el P. José a Turín a las diez de la noche del 7 de Noviembre de 1876. Don Bosco acababa de confesar a los niños y en ese momento hallábase en el comedor tomando su modestísima cena. Fué enseguida conducido a Don Bosco a quien, después de haberle besado con respeto la mano, entregó una carta de acompañamiento escrita por D. Cerruti, Director de Alassio. El buen padre dirigió al recién venido cariñosas palabras y se despidió de él augurándole las buenas noches y diciéndole: «Esta noche nos vemos a la luz de la lámpara, mañana tendremos comodidad para vernos a la luz del día, luego añadió: mañana debe efec-

tuarse la función de despedida de la segunda expedición de misioneros a la República Argentina, y Ud. le rezará la Misa de Comunidad».

A la mañanita ya estaba el P. Vespignani en la Sacristía de María Auxiliadora, a la espera de la hora de la Misa de Comudad. Así que todo estuvo preparado, al salir al presbiterio el nuevo sacerdote revestido con los ornamentos sagrados, dejáronse oir los acordes del órgano, acompañando cantos melodiosos y dulcísimos, luego los 800 alumnos empezaron a rezar devotamente las oraciones. Los misioneros estaban arrodillados en dos filas a ambos lados del Altar. Todo este conjunto maravilloso de cosas, de cantos y de rezos le hicieron tanta impresión que tuvo que hacerse mucha violencia para no prorrumpir en sollozos. La Consagración y la Comunión fueron momentos de Paraíso. Los cantores de nuevo entonaron motetes conmovedores, y luego esa multitud de niños, de Salesianos, y de pueblo a guisa de una bandada de palomas se adelantaron a la balaustrada para comulgar. El P. Vespignani, son sus palabras, ya sentíase salesiano, Misionero de Don Bosco y de María Auxiliadora; le parecía estar en el Tabor y repetía fervorosamente: «Bonum est nos hic esse. Este es el lugar de mi descanso aquí fijaré mi morada».

Después de unos días de ausencia, con el

objeto de acompañar hasta el puerto de Génova a los Misioneros, Don Bosco volvió al Oratorio, y entonces nuestro Don Vespignani tuvo la ansiada dicha de conferenciar con el amado Padre, prolongándose el coloquio por más de dos horas, que al joven sacerdote hubiéronle de parecer cortos instantes. Padre e hijo se comprendieron perfectamente; sus almas se compenetraron; desde aquel momento el P. José fué todo de Don Bosco, no penso más que en Don Bosco y no quiso hacer sino lo que quería Don Bosco. Empezó luego su noviciado salesiano, bajo la dirección inmediata de Don Rua y de Don Barberis. El noviciado fué a la verdad muy corto; la disciplina del nuevo Código no estaba todavía en vigencia y por otra parte el nuevo novicio demostraba tener inmejorables disposiciones para consagrarse a Dios en la vida religiosa. Es así que el día de Navidad de aquel mismo año, con inefable alegría de su alma, hizo su Profesión Perpetua en manos del mismo Beato Fundador.

Mientras todo sonreía al nuevo salesiano, hete aquí que hacia la mitad de Enero de 1877, tras unos persistentes ataques de tos que no le dejaban reposar, fiebre continua cansancio y desfallecimiento, seguidos por repetidos vómitos de sangre, vióse reducido a tal extremo que los médicos declararon no haber más esperanza de salvarlo. Pero muy otros eran los designios

de la Divina Providencia: en donde acaban los recursos humanos, empiezan los divinos. La bendición de María Auxiliadora, que Don Bosco diera al desahuciado enfermo, determinó una pronta y franca mejoría.

¿Cómo copió y reprodujo tan fielmente a Don Bosco?

El P. Vespignani, dice Don Ceria, vivió apenas un año bajo la dirección del Beato, al que jamás volvió a ver sobre la tierra, sin embargo reprodujo admirablemente su espíritu y lo trasmitió inalterado a los demás. El que se mantuvieran en perfecta comunión de pensamientos, de sentimientos y de dirección aquellos salesianos que desde su más tierna edad habían venido al Oratorio, envolviéndoles año tras año en la luz que de todas partes irradiaba, no debe sorprendernos demasiado, pero, que un hombre ya hecho como el P. Vespignani, con su cultivo y educación bien definida, con sus gustos ya formados, con sólo doce meses de permanencia en la escuela de Don Bosco, partiera para las misiones, llevándose tanta compenetración y homogeneidad de vistas y de aptitudes, esto es lo que llama nuestra atención. El P. Vespignani fué dotado por Dios de un alma tan semejante a la de Don Bosco, que bien pronto pudo comprenderlo, compenetrarlo y reproducirlo, y Don Bos-

co a la vez, fué uno de esos artífices soberanos que, que en poco tiempo supo plasmar los caracteres y modelar las almas a su imagen y semejanza.

Cooperó admirablemente en su formación genuinamente Salesiana el **alter ego** de Don Bosco, el Venerando Don Rua, quien tomó al joven sacerdote como ayudante y secretario. El humilde cuarto de Don Rua fué para él una continua escuela de piedad, de caridad, de actividad y de formación salesiana. «Cada día, escribe el P. José, yo admiraba más en Don Rua la puntualidad, la constancia tesonera, la religiosa perfección, la abnegación unida a la dulzura más exquisita. ¡Cuánta caridad, qué bellas maneras para encaminar a un súbdito al desempeño de un oficio que deseaba confiarle! ¡Qué delicado estudio, qué penetración en conocer y experimentar las aptitudes para educarlas y hacerlas útiles para la obra de Don Bosco». Y el P. José con su ojo clínico y con esa penetración, que es propia de los espíritus superiores, todo lo miraba lo ponderaba y lo guardaba cual rico tesoro: **confluens in corde suo.**

«Puedo asegurar, dice él mismo, que el cuarto de Don Rua y su oficio fué para mí un punto de observación, desde donde veía todo el movimiento característico de la Congregación Salesiana. Fué como el puente de mando de una gran nave, donde reside el capitán, que estudia la ruta

para evitar los escollos y dirige seguramente al puerto, al mismo tiempo de donde da las órdenes para el gobierno de toda la tripulación. En Alassio me había formado un justo concepto de una Casa Salesiana bien dirigida y perfectamente encaminada; junto a Don Rua me venía formando una idea mucho más grandiosa y bella de toda la Congregación y del conjunto admirable de la Obra de Don Bosco». El aventajado discípulo de Don Bosco y de Don Rua salió en poco tiempo una copia fiel de los Maestros.

Ud. irá, Ud. irá misionero.

Así había contestado Don Bosco a nuestro buen P. José que postrado en la cama, aquejado por gravísima enfermedad, en son de lamento le había dicho: «Yo había pedido para ir a las Misiones de América, pero ya ve Ud. Don Bosco, a qué estado me veo reducido: creo que mis sueños de misionero ya se han desvanecido». Don Bosco echó sobre el enfermo una mirada significativa y con la mano extendida y en tono profético le repitió estas palabras: «Esté Ud. tranquilo; Ud. irá, Ud. irá misionero».

Entre tanto el otoño de 1877 iba acercándose y Don Bosco poco a poco, iba disponiendo las cosas para preparar la Tercera expedición de misioneros a la República Argentina. El P. Vespignani con-

tinuaba siempre tan delicado de salud, que a pesar de su oposición a las excepciones, debía resignarse a comer en la mesa especial para los enfermos. Erase, pues, en el mes de Agosto y en acabándose el modesto almuerzo en la mesa de los Superiores, Don Rua, dirigiéndose a Don Bosco le dice: ¿Permite, Padre, que lea los nombres de aquellos que tomarán parte en la Tercera expedición de Misioneros? Don Bosco accedió. Entonces Don Rua leyó el nombre del P. Costamagna y seguidamente el del Padre Vespignani. «Yo, dice el P. José, tomado de improviso, experimenté una fuerte impresión que no logré reprimir. Encendido en el rostro, miré sonriendo a Don Bosco y a Don Rua como para decirles: «Se ve que los dos estaban de acuerdo». Pero Don Bosco al instante me preguntó dulcemente: «¿Le ha hecho impresión oír su nombre en la lista de los misioneros? ¿Tiene acaso alguna dificultad? A mi contestación negativa, Don Bosco añadió: Ud. no irá si antes el médico no declara que el viaje no puede acarrearle daño a su salud». En cambio, el parecer del doctor fué muy favorable puesto que afirmó que, un viaje por mar me sería de grande provecho».

Pocos días después el P. José, junto con los demás futuros misioneros, subía a Lanzo para entrar en el retiro espiritual presidido por el mismo Don Bosco y predicado por esos dos varones apostólicos que

fueron Don Lemoyne y Don Bonetti. Bien podemos imaginar con qué disposiciones de alma asistiese el buen P. José y cuán fraguado en el amor de Dios, de las almas y de la Obra de D. Bosco saliese de ese Cenáculo de donde partieron los noveles apóstoles de Cristo.

Los meses de Septiembre y Octubre fueron empleados en los preparativos y el P. Vespignani no desperdició ni una partecita del don de Dios, atesorando todos los minutos de tiempo y todas las ocasiones para hacer acopio de pedagogía Salesiana, inspirándose particularmente en los edificantes ejemplos que se reproducían de continuo en el Oratorio.

«El 6 de Noviembre, escribe el P. José, fué la fecha memorable de nuestro adiós a la Casa Madre, y día por cierto de imborrables recuerdos, de inefables sentimientos, de júbilo y de dolor a la vez, de firmes resoluciones y de incertidumbres acerca de nuestro porvenir, de especial alegría, pero también de penas interiores por las sensibles separaciones. Pero sobre todo dominaba la fe en Dios, la confianza en María Auxiliadora y la confortante palabra de Don Bosco que nos decía: Partid en el nombre del Señor, yo doquiera os acompañaré con mi bendición y con mis plegarias. No temáis; todo os saldrá bien. Acordaos de las pruebas evidentes de protección divina en favor de nuestras obras dirigidas en un to-

do a la gloria de Dios y bien de las almas». Al día siguiente la comitiva misionera partió para Roma con el objeto de postrarse a los pies del Santo Padre, el angélico Pío IX, oír de sus labios la palabra más autorizada de aliento y de conforto y recibir como prenda de éxito la Apostólica Bendición. «¡Cuán abundante, exclama aquí el P. Vespignani, cuán fecunda de **rore coeli et de pinguedine terrae** fué aquella última bendición del Gran Pontífice, del Gran Padre de la Iglesia y de nuestra Pía Sociedad!».

Mas, ya apremiaba el tiempo, el vapor **Savoie** anclado en el puerto de Génova esperaba a los que en el nombre de Don Bosco debían partir hacia el mundo de Colón.

El día 13 de Noviembre de 1877

era el establecido para la salida. Don Bosco quiso acompañar a sus queridos hijos hasta el vapor. El P. Vespignani, como ya dijimos, con el fin de no causar impresión a su buena mamá, se había abstenido de ir hasta Lugo para despedirse de ella. Pues, mientras desde el muelle los misioneros embarcados en una navecilla se dirigían al vapor, Don Bosco, que estaba sentado frente al P. José, con esa delicadeza de padre cariñoso, le mira dulcemente y le dice: «Ud. piensa en su mamá. Pero desde ahora yo pensaré y velaré por ella». A lo

cual el P. Vespignani contestó: «No, no, Don Bosco, este pensamiento no me preocupa demasiado; mi mamá pronto se resigna cuando está en juego la voluntad de Dios!».

En esto la barquilla había llegado hasta el vapor Savoie en donde eran esperados los pasajeros. Todos los salesianos rodearon a Don Bosco; parecían las turbas apiñándose en torno del Divino Maestro, todos ansiosos estaban de oír y saborear sus últimas palabras y recibir los últimos recuerdos y consejos. Con esa era la tercera vez que el Beato subía al mismo vapor para despedir a los hijos por él enviados a las Misiones. Al despedirse de ellos, mientras que el toque de la campana, y el silbido de la sirena anunciaba la proximidad de la salida, vióse una tiernísima escena que conmovió a los presentes; todos besaban la mano a Don Bosco, todos le pedían la bendición, todos a una se encomendaban a sus oraciones con palabras interrumpidas por los sollozos. Con las lágrimas en los ojos bajó Don Bosco de nuevo a la barquilla dirigiéndose al muelle, mientras que los misioneros saludaban al padre, agitando en el aire los blancos pañuelos, hasta que la chalupa se perdió enteramenete de vista.

Momentos después el Savoie soltaba amarras, dirigiendo la proa hacia el océano. La escena de la salida de los Misioneros inspiró más tarde al conocido músico Don

Pagella esa sentimental barcarola cuya patética letra rivaliza con la filigrana musical:

«Corre e vola il bastimento
Rapidissimo sull' onde
E le belle itale sponde
Al mio sguardo giá occultó.
Vía vía sull' onde chiare
Vía en el regno del dolore
Porteremo lá l' amore
Che Don Bosco c' insegnó».

El P. José, llena el alma de celo apostólico,

llevó realmente a la República Argentina esa llama de amor que Don Bosco le había enseñado y encendido en su gran corazón. El nombre del Padre José es por sí solo un espléndido elogio y magnífica apología.

Fué un Apóstol en toda la extensión de la palabra. Apóstol de la niñez Argentina, que con el cariño de tierno padre, cultivó por cuarenta y siete años para Dios, para la familia y para la patria. Fué Apóstol de las vocaciones religiosas y sacerdotales, fomentando, ayudando y enderezando al Santuario a las almas en quienes su ojo penetrante descubría la preciosa semilla de la vocación. Fué Apóstol de la enseñanza catequística, de la buena prensa y de toda obra encaminada a extender el reinado de Cristo en la tierra. Pero, so-

bre todo, fué Apóstol de la bondad que a manos llenas derramó en la larga trayectoria de su vida recogiendo en cambio un universal plebiscito de amor y gratitud. A este hijo predilecto de Don Bosco, a este incansable Apóstol como de perlas le cuadran las palabras del Espíritu Santo: **Nomen eorum vivit in generationem et generationem.** Su nombre vive y vivirá al través de las generaciones de los Salesianos, Cooperadores, Exalumnos y niños de la República Argentina especialmente, que por tantos años fué el campo evangélico de sus trabajos y de sus sudores. **Sapientiam ipsorum narrent populi.** Los pueblos, las generaciones agradecidas que han atesorado sus paternales enseñanzas, narrarán y trasmitirán a los venideros con no interrumpida tradición la profunda sabiduría de este venerando patriarca. **Et laudem eorum nuntiet Ecclesia** Y un día, no lejano, no es aventurado el pensarlo que la Iglesia pronuncie su infalible veredicto sobre las virtudes heroicas que adornaron a este Apóstol, decretándole el honor de los altares.

P. Serafín Santolini.

Buenos Aires, 2 - III - 1933.